

Cayetano Mas Galvañ
Juan Manuel Abascal*

EL VIAJE LITERARIO DE FRANCISCO PÉREZ BAYER POR VALENCIA Y MURCIA (1782)¹

I. INTRODUCCIÓN.

El viaje realizado por Francisco Pérez Bayer a Valencia, Murcia, Andalucía, Portugal y Extremadura en 1782 era bien conocido por los distintos especialistas interesados (arqueólogos, epigrafistas, historiadores de las *Luces* y de los viajes...), especialmente merced a las páginas de las distintas copias conservadas del *Diario* que D. Francisco fue escribiendo durante el transcurso de tan larga jornada. Sin embargo, dicho texto sólo ha visto la luz, íntegro por vez primera, en la reciente edición dirigida por A. Mestre².

El presente artículo tiene por objeto el estudio del viaje de Pérez Bayer en lo que atañe a las tierras de Valencia y Murcia. En primer término, se analizan e ilustran los contenidos del texto en sus distintos aspectos (etapas y condiciones; actividad desplegada; naturaleza e ideas del texto; contexto y personajes...); en segundo lugar, se ofrece un apéndice donde se siguen especialmente las aportaciones epigráficas.

* Universidad de Alicante.

¹ Francisco PÉREZ BAYER. *Viajes literarios*. (Ed. preparada por Antonio MESTRE SANCHIS, Pablo PÉREZ GARCÍA y Jorge Antonio CATALÁ SANZ: Estudio preliminar a cargo de los autores mencionados y de Cayetano MAS GALVAÑ). Valencia, 1988 (En adelante, *Viajes...*). En esta edición se incluyen los diarios de los viajes a Italia (1754) y Andalucía y Portugal (1782). Respecto de las copias existentes y ediciones anteriores (parciales) del *Diario* de 1782. *vid. Viajes*, p. 20, y nuestras notas 74 a 78.

² El apéndice sobre las inscripciones romanas ha sido elaborado por Juan Manuel ABASCAL.

2. PÉREZ BAYER, VIAJERO DE LA ILUSTRACIÓN.

El martes 16 de abril de 1782, a la edad de 70 años cumplidos, D. Francisco Pérez Bayer, canónigo de la Metropolitana de Valencia, Preceptor de los Infantes de España, consumado hebraísta y numismático, hombre de las *Luces* con una larga e influyente trayectoria intelectual y política a sus espaldas, comenzaba en Valencia un largo viaje que habría de llevarle hasta Andalucía y Portugal.

Tal como indica A. Mestre, Pérez Bayer forma parte de la larga nómina engrosada por nuestros viajeros ilustrados, incluyendo a los valencianos: Jorge Juan, Juan Andrés, Antonio Ponz, Juan Bautista Muñoz, Antonio José Cavanilles, Jaime Villanueva, José Ortíz... Y sin duda es un experimentado y avezado viajero, que recorre tanto el solar hispánico —en varias ocasiones—, como el extranjero (especialmente Portugal e Italia). Comparte con ellos, consecuentemente, las características que ya Gómez de la Serna señaló para estos viajeros: reformismo pedagógico, conciencia de la realidad, criticismo moderado, politización dentro del reformismo gubernamental y prosaísmo cientifista en la exposición de sus experiencias. Ahora bien, dentro de la división que establece el propio Gómez de la Serna entre los distintos tipos de viajes (económicos, como los de Ward o Bowles; científico-naturalistas, como los de Sarmiento o Cavanilles; artísticos, como los de Ponz, Vargas Ponce, Bosarte u Ortíz; sociológicos, como los de Ponz, Flórez, Viera y Clavijo, Tomás Iriarte o Jovellanos; e histórico-arqueológicos, como los del marqués de Valdeflores o Jaime Villanueva), la naturaleza de los viajes emprendidos por Pérez Bayer, y notoriamente el que ahora nos interesa, puede encuadrarse claramente dentro de este último grupo³.

El viaje de D. Francisco tiene su origen en una comisión que le fue encargada (o que él mismo se hizo encargar) por la Real Academia de la Historia. No era incompatible tal misión con el logro de un objetivo de índole más particular y personal, tal como Pérez Bayer indica: preparar la continuación de su obra *De Nummis Hebraeo-Samaritanis* (aparecida en el año anterior de 1781), que se intitularía, según indica, *De phoenicum in hispania numis*, «donde trataré de las monedas de los fenices o penos españoles»⁴. Obra ésta que, por lo que sabemos, nunca llegó a ver la luz, aunque el orientalista valenciano aún viviría hasta 1794⁵.

³ A. MESTRE, «Pérez Bayer, un viajero de la Ilustración», en *Viajes...*, pp. 16-20.

⁴ *Viajes...*, p. 72.

⁵ Pérez Bayer aún carece del estudio biográfico completo del que tan necesitados estamos. Para suplir esta carencia, los trabajos más apropiados son los de A. MESTRE, *Epistolario VI. Mayans y Pérez Bayer*. Valencia, 1977, pp. L, LI, LVI; *Id.*, «Un grupo de valencianos en la corte de Carlos III», en *El mundo intelectual de Mayans*. Valencia, 1978; *Id.*, «Estudio preliminar» al memorial de F. PÉREZ BAYER, *Por la libertad de la literatura española*, Alicante, 1991; *Id.*, «Pérez Bayer, un viajero de la Ilustración», en *Viajes... (ya cit.)*.

La jornada se prolongó desde mediados de abril hasta las Navidades del mismo año 1782. A grandes rasgos, tras emplear un mes en recorrer las tierras meridionales valencianas y el antiguo reino de Murcia⁶, la mayor parte del viaje transcurrió por el área que constituía el objeto principal de su misión: Andalucía. Recorriéndola en un sentido básico de oriente a occidente, en ella entró por Vera el 15 de mayo, y en ella permanecería durante cinco meses y medio (más de lo que esperaba), deteniéndose en Granada, Sevilla, Córdoba (en torno a un mes en cada una), y algo menos en Cádiz, Almería y Jaén... incluso contempló presencialmente –con interés y expectación– las operaciones de asedio al Peñón de Gibraltar iniciadas en agosto⁷. Después –el 30 de octubre– entró en Portugal, desde Aroche hacia Moura⁸. Manteniéndose en el país vecino de su propio peculio, se detuvo especialmente en Moura y Beja. Finalmente, D. Francisco salió de Portugal el día de la Inmaculada, hacia Badajoz. Ya no abandonaría el camino hacia la Corte, a la que llegaría –deseoso, según indica, de pasar en ella las Navidades– el día 20 del mismo mes, aunque aún halló ocasión de detenerse en Mérida y Trujillo para completar sus anotaciones y registros. El 30 del mismo mes pondría fin a las páginas del *Diario* original⁹, compuesto de «dos tomos en 4º de marquilla, algo más que *iustae molis*, letra como ésta», según indicaba en carta a Juan Bautista Muñoz¹⁰. La indicación que en esta misma epístola efectuaba el hebraísta («Van pareciendo bien») es aclarada por Mestre: los había leído el infante D. Gabriel, y con él los miembros de la familia real (incluyendo al propio monarca) y los altos cargos políticos del momento (con Floridablanca al frente), que fueron los primeros a quienes se les facilitó, prueba inequívoca del ascendiente de Pérez Bayer en los ambientes cortesanos¹¹.

Cuando terminó el viaje, el proyecto inicial estaba inconcluso. También en la carta a Muñoz, D. Francisco confesaba que sería necesario continuar viaje por «parte de Castilla, Rioja, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia, para lo celtibérico», regiones que pasarían a engrosar un tercer tomo del *Diario* (o de la obra que de él saliese). En el mismo sentido, Juan Antonio Mayans –bien informado del asunto–, indicaba unos meses más tarde (el 31 de mayo de 1783) a Manuel Cenáculo Villasboas (amigo y anfitrión de Pérez Bayer durante 1782), que D. Francisco estaba «con ánimo a primeros de junio de continuar viaje por Coria, Ventas de Capara, Alcántara, Coimbra,

⁶ Cayetano MAS GALVAÑ, «El viaje a Valencia y Murcia», en *Viajes...*, pp. 23-36.

⁷ Pablo PÉREZ GARCÍA, «El viaje a Andalucía», en *Viajes...*, pp. 37-48.

⁸ Antonio MESTRE SANCHIS, «El viaje a Portugal», en *Viajes...*, pp. 49-60.

⁹ *Viajes...*, p. 606.

¹⁰ Carta de F. Pérez Bayer a Juan Bautista Muñoz, Madrid, 15 de enero de 1783. Publicada por A. MESTRE en *Viajes...*, p. 21.

¹¹ A. MESTRE, *Viajes...*, p. 21.

Braga y Lugo, y ladearse a Castilla, León, Rioja, Aragón, Cataluña y al setiembre a Valencia»¹². Por tanto, Bayer se encontraba presto y dispuesto desde el primer momento, aunque no dependía de él («Ignoro si continuaré mi viaje... Haré lo que me manden. Así no erraré»¹³), a continuar con el trabajo. Y en efecto, este segundo viaje se realizó, aunque sólo puede acreditarse (como revelan los trabajos de Mme. Piwnik sobre la correspondencia entre el hebraísta y sus amigos lusos) en lo que se refiere al norte de Portugal, donde dichas fuentes únicamente permiten situarle (en Coimbra y Oporto) durante el mes de julio de 1783¹⁴.

Las circunstancias propias del viaje, y el modo en que D. Francisco lo realizó, merecen una especial mención. Y es que, a los ojos actuales, no es difícil, calificarlo como de auténtica aventura. Destaca, de modo sobresaliente, la avanzada edad del protagonista, que cumplió 71 años durante la jornada; circunstancia que no fue óbice para que D. Francisco no sólo soportase los inconvenientes de modo más que pasable, sino que llegó a desplegar una actividad incansable. Sin duda, contaba con un estado de salud física y mental excepcional: de la segunda es testimonio la claridad expositiva, la frescura y hasta la diligencia cotidiana con que fue redactando el texto del Diario, cuya inmediatez a lo sucedido constituye un valor más a resaltar¹⁵; en cuanto a la primera (la salud física), sólo cabe anotar como contratiempo el representado por un fuerte resfriado (por contagio procedente de Rusia, según el médico que lo trató) que contrajo a su paso por Marbella y le obligó a convalecer durante tres semanas¹⁶.

De este modo, D. Francisco se mantuvo siempre con ánimo sobrado para arrostrar cualquier incomodidad y para que apenas nada le impidiese ajustarse a las exigencias de su proyecto. Dada la naturaleza arqueológica de la misión, era necesario abandonar con cierta frecuencia los caminos más grandes y transitados por otros secundarios y menos concurridos; tampoco fue raro que la etapa se iniciase sin certidumbre sobre dónde pasarían la noche siguiente; o incluso que llegasen a extraviar el camino. En cuanto al medio

¹² Carta de J. A. Mayans, de 31 de mayo de 1783; publicada por M-H. PIWNIK, «La correspondance Mayans-Cenáculo», en *Arquivos do Centro Cultural Português*, XXII (1986); Cf. A. MESTRE, *Viajes...*, p. 22.

¹³ Carta de Pérez Bayer a Muñoz, *ya cit.*

¹⁴ M-H. PIWNIK, «Les deux voyages de F. Pérez Bayer au Portugal: 1782, 1783», en *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 3 (1983), pp. 261-317. Aunque Pérez Bayer parece que tenía intención de salir hacia Braga y Santiago de Compostela -donde quería hallarse el día de la festividad del Apóstol-, la hispanista francesa cree que D. Francisco hubo de renunciar a esta parte del viaje, ya que el 21 de julio se encontraba en Porto con sus gentes enfermas. Nada sabemos a ciencia cierta, por tanto, sobre la continuidad del viaje, salvo que una carta de Cenáculo de 11 de noviembre le suponía de regreso ya entre los suyos. PIWNIK, *op. cit.*, p. 263.

¹⁵ De hecho, Pérez Bayer precisa constantemente dónde y en qué momento escribe.

¹⁶ Pablo PÉREZ GARCÍA, *op. cit.*, p. 37.

de transporte, en tales circunstancias sólo eran concebibles las caballerías, quedando el uso del coche (invariablemente ofrecido como deferencia por sus anfitriones al recibirle o despedirle) durante muy cortos trechos. Y aun así, D. Francisco hubo de echar pie a tierra –por lo fragoso o lo difícil del camino– en numerosas ocasiones, hasta el punto de «haber caminado a pie la tercera parte del viaje, que serán unas ciento y treinta leguas»¹⁷. Viajó nuestro hebraísta acompañado de una corta comitiva, compuesta de otras seis personas entre las que se encontraba un dibujante, dos familiares y tres mozos de a pie¹⁸, valencianos, y que le acompañarían durante todo el trayecto (puesto que ya en tierras portuguesas, D. Francisco indica que se dirige a ellos en valenciano¹⁹), aunque ocasionalmente contrataba guías lugareños. Llevaban consigo toda la impedimenta, provisiones, dinero²⁰ e incluso escopetas²¹, lo que les hacía caminar a razón de una legua de camino cada dos horas de camino regular; pero, de ser preciso efectuar algún desvío de la ruta principal, acostumbraba a tomarlo acompañado sólo por el dibujante y un criado, enviando al resto de la comitiva derechamente al destino final de cada etapa. En estas condiciones, la protección ante las inclemencias meteorológicas era muy escasa, por no decir nula: lluvias y soles, polvos y barro, aparecen puntualmente mencionados en el *Diario*. Con todo, no sufrió D. Francisco la menor amenaza física derivada de la inseguridad de los caminos, si exceptuamos un chocante y divertido episodio ocurrido en las cercanías de Coruche (Portugal), plagado de equívocos, en el que –ya anochecido– un guarda real del bosque por el que transitaban les tomó por contrabandistas, mientras que ocurría la recíproca con el pobre guarda, en quien el hebraísta creyó ver a un bergante. La determinación exhibida por D. Francisco, combinando la amenaza física (mandó que sus mozos montasen las escopetas y «escoltasen» al guarda) y las promesas (cumplidas) de recompensa económica, hicieron que el episodio terminase felizmente²².

De modo que, por lo que afecta a estas materias y las relacionadas –como la calidad de los alojamientos, de la comida...–, D. Francisco pudo terminar

¹⁷ *Viajes...*, p. 606.

¹⁸ «En el lugar de Catarroja, a una legua de Valencia, estaban apostadas las caballerías destinadas para hacer el viaje y me esperaban mis familiares don Juan Manuel de Aránzazu. Antonio Peláez y Asensio Julián, natural de Valencia, dibujante. Venían también tres mozos de a pie para cuidarnos y cuidar de las caballerías». *Viajes...*, p. 73.

¹⁹ *Viajes...*, p. 578.

²⁰ Como el viaje se prolongó más de lo previsto, hubo de tomar sumas a reintegrar tanto en Andalucía como en Portugal (donde ya hemos dicho que hubo de mantenerse a sus propias expensas, ya que la financiación de la Academia de la Historia cubría la parte andaluza del viaje).

²¹ La alusión a las escopetas en *Viajes...*, p. 578.

²² *Viajes...*, 577-579. El episodio, que sin duda merece la pena leerse, ya fue relatado, con una detallada descripción de las distintas condiciones del viaje, por M.-H. PIWNIK, «Les deux voyages...», *ya cit.*

haciendo un balance satisfactorio, cuando en la conclusión del *Diario* apuntaba tras haber recorrido el equivalente a más de 2.000 kilómetros:

«Gracias sean por todo dadas al soberano dispensador de todos los bienes, el cual, así como en este viaje, me ha guiado y conducido sin desgracia alguna por tan largos y desastrados caminos, librándome de los peligros de ellos y dado salud y fortaleza para emprenderle, continuarle y concluirle sin especial trabajo ni fatiga»²³.

Así pues, la misión que dio origen al viaje era de naturaleza fundamentalmente arqueológica y erudita. Se trataba básicamente de buscar, hallar y registrar, por propia experiencia («con mis ojos manuales»²⁴), las antigüedades, en especial monedas e inscripciones, que hallase en el curso del recorrido; es decir, hacer acopio de cuantos monumentos arqueológicos pudiese hallar, epigráficos y numismáticos en particular, junto con los documentos y fuentes históricas que se relacionasen con ellos. La naturaleza del *Diario*, la información que en él se anota, está consecuentemente determinada por el objetivo esencial del viaje. Pero hemos de contar también con el concepto previo que Pérez Bayer tenía acerca de lo que debía ser el viaje –cualquier viaje– *ilustrado*, y de cómo tenía que redactarse su correspondiente diario. Y es que el propio Pérez Bayer ya había expresado muy claramente sus ideas en este sentido casi 30 años antes, en el prólogo a la primera parte de su viaje a Italia, iniciado en mayo de 1754²⁵. Efectuaba allí una triple división de los viajeros. En primer lugar, se encontraban los que viajan «sólo por curiosidad, y por poder decir a su regreso que han visto y estado en tal o tal ciudad y provincia»; con estos «turistas» *avant la lettre* D. Francisco era expeditivo: «son en mi juicio de condición poco superior a sus cofres y equipajes». En segundo lugar colocaba a quienes, aunque proponiéndose sacar alguna instrucción de sus experiencias, lo confiaban todo a su memoria o «lo apuntan ligeramente y por cifras», con lo cual «ésta es una instrucción pasajera que, cuando más, dura lo que la vida de sus dueños». La tercera y superior categoría, a la que Pérez Bayer aspiraba, incluía sólo a unos pocos, pues: «no a todos es concedido juicio y discernimiento para observar, memoria tenaz para retener, y paciencia para no dejar la pluma de la mano y escribir por extenso en el mismo viaje las especies convenientes a los fines que se propusieron»²⁶. Lo que trasladado al plano práctico, le llevaba a formular un auténtico programa para el *viaje ilustrado*:

²³ *Viajes...*, p. 606.

²⁴ *Viajes...*, p. 72.

²⁵ El texto del diario del viaje a Italia en *Viajes...*, pp. 607-674. Su estudio preliminar en la misma obra: Jorge A. CATALÁ SANZ, «El diario del viaje a Italia», *Viajes...*, pp. 60-68.

²⁶ *Viajes...*, p. 609.

«La descripción de ciudades, puertos y edificios famosos que suele hacer el primer papel en otros diarios, en éste ocupa ligeramente alguna de sus páginas, más con ánimo de amenizar la lectura que de hacer una relación exacta. Otro cuidado me han debido los monumentos antiguos, los gabinetes, los muscos, las bibliotecas, los manuscritos y los varones doctos que he visto y tratado, sacando cuantas ventajas he podido, ya copiando enteramente los unos, ya notando las preciosidades que contienen los otros, dibujándolas e imitando el carácter de los códigos más raros y antiguos...»²⁷.

En su análisis de este viaje a Italia, Jorge Catalá²⁸ ha subrayado la importancia de este párrafo, así como las precauciones con que debe ser tomado, en la medida en que el propio Pérez Bayer no siempre se ajustó estrictamente a tal programa. Evidentemente, ningún autor puede sustrarse a referir en un texto de esta naturaleza cuestiones que le resultan de especial interés aunque se aparten de su plan previo; del mismo modo, las circunstancias del viaje no siempre posibilitan un seguimiento estricto de dicho plan, como en su momento ilustraremos. Sin embargo, estamos convencidos de que en 1782 Pérez Bayer no había cambiado sus ideas básicas respecto de cómo debía ser un diario como el que llevaba: el trabajo arqueológico, archivístico y documental-bibliográfico en primer término; las relaciones con las personalidades culturales (y sociales) en segundo término; las descripciones de los lugares (salvo cuando se trata de ubicar los restos arqueológicos) o sucesos quedan en último término, y sólo aparecen —de modo selectivo— cuando merecen especial atención. Claro está, seguía tratándose de un esquema ideal: como ocurre sobre todo en algunas etapas del viaje por Andalucía, las circunstancias y la propia escasez de restos no le facilitaron llevarlo cabalmente adelante; pero sí, en cambio —lo veremos de inmediato— aparece con toda claridad en las etapas valencianas y murcianas. Sobre estos aspectos, por tanto, D. Francisco no sólo no había abandonado sus anteriores puntos de vista, sino que incluso los aplicó con mayor fuerza y claridad. Sin duda, el que lo emprendiese en edad tan proveccta jugó en este sentido: el Pérez Bayer de 1782 ya no está acuciado por las vanidades, las ansias de notoriedad y hasta las jactancias que afloran en el diario italiano, y de este modo el tono del texto que comentamos —tal como advertimos J.A. Catalá y C. Mas— es el propio de alguien que ya no necesita acumular reconocimientos ni méritos, y que incluso gusta de juzgar las producciones ajenas con prudente moderación, benevolente distanciamiento, y hasta indulgente cordialidad.

²⁷ *Viajes...* pp. 606-607.

²⁸ *Loc. cit.*, pp. 65-66.

3. EL VIAJE POR VALENCIA Y MURCIA.

El viaje de Pérez Bayer dio comienzo en Valencia el 16 de abril de 1782, de madrugada. Un pequeño séquito de despedida, integrado por destacados canónigos, parientes y familiares y distribuido en dos coches, le acompañaría hasta Catarroja²⁹. Allí –tal como se ha dicho más arriba– le esperaban los familiares y criados que harían con él el viaje. Ya a lomos de caballerías, ese día comieron en Alzira y –por el cerro del Carraixet– entraron por la tarde en Xàtiva.

Desde el inicio mismo del viaje, llama la atención el ritmo constante e infatigable con el que D. Francisco lo abordó. Basta levantar el inventario de las etapas para comprobarlo. Así, entre la partida y el 15 de mayo, fecha en que salió desde Mazarrón para Vera y Andalucía, sólo se permitió un día de relajo voluntario (en Cartagena, el 3 de mayo), que aun así dedicó enteramente al trabajo intelectual; el resto de los escasos tiempos muertos, causados bien por las circunstancias meteorológicas, bien por la falta de tiempo para afrontar largas etapas que debían hacerse íntegramente por falta de posadas (como la que unía Mazarrón con Lorca³⁰), los asumía con indisimulado disgusto, procurando ocupar su tiempo en alguna actividad complementaria. Lo mismo le ocurría cuando, desvelada la noticia de su presencia, se veía sometido a la necesidad de efectuar o recibir visitas de puro cumplimiento, llegando hasta el punto de no querer recibir a la villa y al clero de Mazarrón³¹, o de preferir mantenerse en una «infeliz posada» en Lorca antes que atender a la invitación del representante del Intendente para que se mudase a sus aposentos³². En el extremo contrario, sólo se le escapa alguna pequeña queja respecto de su alojamiento en Cartagena, o anota –se diría que incluso divertido– la desconfianza que mostraron sus huéspedes antes de darse él a conocer³³. Pero poco le importaba entrar en Benissa «hecho una sopa de agua» tras aguantar un chaparrón de tres horas desencadenado apenas salido de Ondara, «y no hubo otra novedad gracias a Dios»³⁴; o desviarse cuanto fuera necesario para registrar una nueva inscripción o moneda, aunque ello implicase entrar en poblado –como le ocurrió en repetidas

²⁹ Estaba compuesto por: un coche ocupado por los canónigos D. Joaquín Giberto (magistral), D. Joaquín Segarra («mi compariente»), y D. Vicente Blasco; y el coche en el que iba Pérez Bayer con D. Vicente Carda («mi pariente, vecino de Castellón de la Plana») y D. José Rodríguez de Montalvo, tesorero de rentas reales en el reino de Valencia («mi antiguo familiar»). *Viajes...*, p. 73.

³⁰ *Viajes...*, p. 130.

³¹ *Viajes...*, p. 129.

³² *Viajes...*, pp. 130-131.

³³ *Viajes...*, p. 102.

³⁴ *Viajes...*, p. 88.

ocasiones— ya de noche³⁵. También, —tal como se indicó— llegado el caso y si el tiempo apremiaba, despedía a lo más pesado de la comitiva y se dirigía con el mínimo acompañamiento hacia el lugar donde tenía noticia de la existencia de vestigios de interés³⁶. Y en una sola ocasión alude a los impedimentos que le causaba la senectud, pues le parecía que a sus años ya no estaba para descolgarse por la pared de una de las torres del castillo de Denia, como hiciera en sus tiempos mozos³⁷. Mención aparte merece el desplazamiento que hace ex-profeso a Oliva, con el objeto de visitar la casa de D. Gregorio Mayans, fallecido el anterior mes de diciembre, donde existían algunas lápidas que ya conocía y que habían sido copiadas por Lumiares³⁸.

Estas son las etapas del viaje en las tierras valencianas y murcianas; y entiéndase que durante los días —salvo el mencionado 3 de mayo— en que permaneció en un mismo lugar, anduvo visitándolo afanosa e incansablemente:

ETAPA	DÍA	LEGUAS DISTANCIA*
València-Xàtiva (San Felipe)	16 de abril	9
Xàtiva	17 de abril	-
Xàtiva-Gandia (por Llutxent)	18 de abril	7
Gandia	19 de abril	-
Gandia-Daimús-Oliva-Dénia	20 de abril	5'5
Dénia	21 de abril	-
Dénia-Ondara-Benissa	22 de abril	3
Benissa-Altea-Benidorm-		
-La Vila Joiosa	23 de abril	4
La Vila Joiosa	24 de abril	-
La Vila Joiosa-Alacant	25 de abril	5
Alacant-Albufereta-Alacant	26 de abril	-
Alacant-Condomina	27 de abril (mañana)	-

³⁵ Por ejemplo, «llegué a Denia ya anochecido y con luna». *Viajes...*, p. 82.

³⁶ Sábado, 20 de abril: «Por la tarde hice ánimo de llegar a la ciudad de Denia, que dista de Oliva 3 buenas leguas, pero con la noticia de que en la ermita de San José, en territorio de la misma villa y a distancia de media hora de camino hacia poniente se conserva una inscripción romana, me encaminé hacia allá con sólo un criado y el dibujante, haciendo que el resto de mi comitiva se fuese y me esperase en Denia, como lo ejecutó» (*Viajes...*, p. 82). Lo mismo hizo cuando, cerca de La Vila Joiosa, se desvió para ver la Torre de San José (*Viajes...*, p. 89).

³⁷ *Viajes...*, p. 85: «no tengo tiempo ni estoy ya en edad de descolgarme otra vez para leerla una inscripción».

³⁸ Las relaciones de Pérez Bayer con Gregorio Mayans no siempre pasaron por momentos favorables. Sobre el común acuerdo en los puntos básicos del reformismo cultural, eran lógicas estas divergencias entre un hombre de perfiles claramente políticos, como lo era D. Francisco, y un erudito de la altura —pero también de la peculiar psicología— de Gregorio Mayans. No obstante, muerto éste Pérez Bayer mantuvo una buena relación con Juan Antonio Mayans. *Vid.* especialmente el «Estudio preliminar» de A. MESTRE al *Epistolario Mayans-Pérez Bayer*, *ya cit.*

ETAPA	DÍA	LEGUAS DISTANCIA*
Alacant-Elx	27 de abril (tarde)	4
Elx-Santa Pola	28 de abril	2
Santa Pola-Nova Tabarca-		
-Santa Pola-Elx	29 de abril	Travesía marina en parte
Elx-Guardamar	30 de abril	3
Guardamar-casa de-		
-D. Gerónimo Aguirre	1º de mayo	5
(**)		
Casa de D. G. Aguirre-Cartagena	2 de mayo	5
Cartagena	3 al 10 de mayo	-
Cartagena-Mazarrón	11 de mayo	5
Mazarrón y puerto de Mazarrón	12 de mayo	-
Mazarrón-Lorca	13 de mayo	7
Lorca-Puerto de Águilas	14 de mayo	5
Puerto de Águilas-Vera	15 de mayo	5

(*) A menudo, precisa si son leguas «largas» o «cortas», calculando a razón de una legua cada 2 horas de camino a marcha regular.

(**) Por sus indicaciones, debía hallarse este caserío cerca del límite entre los reinos de Valencia y Murcia.

Como se ha dicho con carácter general, las incomodidades del viaje fueron las esperables, sobre todo si se tiene en cuenta que el de D. Francisco fue un itinerario construido enteramente de acuerdo con el fin que le guiaba. Por lo tanto, no es infrecuente que abandone las rutas principales, transitables para carruajes, y se adentre por caminos poco frecuentados, penosos y hasta peligrosos, aptos en el mejor de los casos para las caballerías. Así ocurre cuando, desde Xàtiva, se aparta de las vías que podían conducirle a Alicante por los caminos reales (por Fuente La Higuera o, en todo caso, por Alcoi) y opta por cruzar hacia Gandía por Llutxent, para más tarde seguir el difícil camino de la costa, con escalas en Dénia, Benissa y La Vila Joiosa; cuando desde Elche, se desvía hacia Guardamar y accede a Cartagena de nuevo recorriendo toda la costa, aún más desértica e inhóspita, aunque menos abrupta, que la de las Marinas; o cuando, en fin, adopta quiebros de rumbo, como el que de Mazarrón le lleva a Lorca para luego regresar a la costa en Águilas.

Todo esto lo hizo D. Francisco, como decimos, a lomos de caballería. El uso del coche queda, así pues, limitado por la naturaleza de los caminos, y revestido de un simbolismo protocolario y amistoso. Así, tras montar sobre caballerías en Catarroja, no las abandonaría hasta poco antes de entrar en Elche, donde fue a recibirle en su coche nada menos que el propio obispo de

Orihuela –D. José Tormo– y otros canónigos; e igualmente se le despediría de Elche cuando tomó camino hacia Guardamar. Por último, haría el trayecto desde Mazarrón a Lorca en la berlina de un eclesiástico, D. Ginés de Paredes, que le acompañó durante los días que permaneció en dicha zona.

Tal como también hemos indicado con carácter general, la intitulación de *Diario*, para el texto que seguimos es rigurosamente exacta: constituye la anotación puntual y cotidiana de los sucesos que van acaeciendo en el curso del viaje. Las frecuentes referencias a los momentos exactos y a los lugares en que D. Francisco fue redactándolo, la suspensión de juicios sobre materias acerca de las cuales regresa más tarde una vez formada opinión más madura (notablemente, en lo que se refiere al emplazamiento de Ilici y su puerto, Lucentum y Alona, que aborda en su jornada de descanso en Cartagena), la confesión de no tener a mano las fuentes que cita (cuando eso ocurre)..., prestan al texto el adecuado aire de inmediatez. De modo que, en efecto, no es difícil considerar esencialmente al *Diario* como una suerte de cuaderno de campo, en el que se incluye alguna anotación o reflexión adicional. Lo advertía D. Francisco en las primeras frases, al decir que no pensaba ni tan siquiera ponerle prólogo, y que quien lo leyere «apenas hallará (...) sino inscripciones»³⁹.

Un texto singular para un viaje singular. Aunque indudablemente *ilustrado*. En este marco, sus antecedentes directos, y casi únicos, deben buscarse –por cuanto hace a esta zona–, en los efectuados por el propio Pérez Bayer (en 1744, actuando como secretario en la visita que giró a la diócesis valenciana el arzobispo Mayoral; y en 1777, cuando inspeccionó personalmente las excavaciones hechas en La Alcudia de Elche) y en los del Conde de Lumiares⁴⁰. Y es que, como se indicó, D. Francisco estaba cumpliendo escrupulosamente con el concepto y programa que pensaba debía presidir el texto y el propio viaje. Lo que le llevaba a colocar en primer plano el registro de las inscripciones que observaba. Dada su importancia, damos en apéndice su inventario, correspondencias y ubicación actual (caso de conservarse).

En relación con este contenido básico, no creo que resulte ocioso apuntar aquí algunas notas sobre el concepto y el método arqueológico puesto en práctica sistemáticamente por D. Francisco. En principio, la base fundamental sigue representada por las fuentes, especialmente las clásicas (que conoce y maneja a la perfección: Ptolomeo, Estrabón, Mela, Avieno, Plinio, el Nubiense...), como corresponde a la cronología de los objetos que busca; pero también los modernos (Viciara, Diago, Oliver, Beuter, Escolano, Mariana, Vossio, Keller, Flórez..., e incluso la historiografía local), en quienes busca sobre todo juicios sobre los primeros o informaciones sobre loca-

³⁹ *Viajes...*, p. 71.

⁴⁰ *Vid.* Antonio MESTRE SANCHIS. *Humanismo y crítica histórica en los ilustrados alicantinos*, Alicante, 1980, pp. 121-134.

lización de restos. A partir de aquí, se desarrolla el trabajo de campo, destinado a confirmar la existencia de dichos restos, o a intentar localizar otros desconocidos. Tanto en un sentido como en otro, el paso lógico es la encuesta a las gentes del lugar, aunque sus incomodidades (pues las muchas preguntas «suelen excitar la curiosidad de muchos y atraer gentes»⁴¹) le llevan a preferir hacerse acompañar de personajes de una mínima cultura en cada lugar, cosa nada difícil para un personaje de la relevancia de D. Francisco a esas alturas de su vida. Ahora bien, Pérez Bayer tendrá a su alcance un recurso excepcional, del que hará uso intensivo y constante en todos aquellos puntos donde le era de utilidad: se trata de un «cuaderno» que le facilitó el propio Conde de Lumières, que cubría casi enteramente el área comprendida entre Ondara y Cartagena⁴². El «cuaderno» o «apuntamientos» que portaba consigo D. Francisco (curiosamente no alude a ninguna de las publicaciones de D. Antonio de Valcárcel, salvo de pasada a la *Lucentum*) merece alguna aclaración. ¿De qué obra se trata? En realidad, no se corresponde exactamente, dado el ámbito geográfico cubierto, con ninguna de las producciones salidas de la pluma del alicantino, ni antes ni después del viaje de D. Francisco. Debemos estar, en consecuencia, ante una copia de los trabajos originales de Lumières, que después él mismo continuó anotando, y que iría publicando o dando a conocer —abandonada la posibilidad de una edición completa— de forma fragmentaria⁴³. Lo curioso del caso es que, como revelan las *Inscripciones de Carthago Nova*, publicadas en 1796, o bien D. Francisco no debió comunicar las discrepancias de transcripción epigráfica o la desaparición de ciertas inscripciones cuyo censo particular elaboró cotejando el «cuaderno», o bien Valcárcel no lo tuvo en cuenta: las *Inscripciones de Carthago Nova* obvian cualquier alusión a estos particulares. Pero en todo caso, el que Pérez Bayer pudiese disponer del cuaderno de Lumières tiene otra virtud: gracias a contar con él para la zona de Valencia y Murcia, esta es también la parte del *Diario* de 1782 que mejor y más claramente se adapta al programa arqueológico del que venimos hablando, y por tanto, ayuda a demostrar y poner de manifiesto cuáles eran las ideas que guiaban a D. Francisco. Es un elemento diferencial a tener muy en cuenta en relación con el resto del viaje.

En definitiva, se trata de un método sin duda erudito y riguroso, que rinde excelentes frutos (por su apoyatura filológica) en la resolución correcta de los epígrafes, en la depuración de las fuentes, en el inventario arqueológico... Pero se trata de un método aún anclado en los presupuestos de la

⁴¹ *Viajes...*, p. 82.

⁴² Curiosamente, no dice haberlo usado en Mazarrón, a cuyos hallazgos Lumières había dedicado su Ilustración a las inscripciones y estatuas antiguas que se hallaron en la villa de Almazarrón, reino de Murcia, en el año 1766.

⁴³ Vid. A. MESTRE, *Humanismo y crítica histórica...*

arqueología renacentista y filológico-humanística, donde –frente a la especulación sobre las fuentes– la importancia de los restos materiales y del propio concepto y papel de las excavaciones aún se encuentra muy limitada. Quizá así se explican frases tan rotundas –y disonantes con la habitual prudencia y escepticismo que muestra D. Francisco– como ésta: «ni en Benisa, ni en Calpe, ni el Altea, donde comimos, se sabe haya vestigio alguno de antigüedad ni inscripción romana, ni señales de ella»⁴⁴. Aunque en honor a la verdad, en el extremo contrario cabe anotar la que puede ser la primera noticia de restos arqueológicos en las Dunas de Guardamar⁴⁵ (que pese a todo, no llegó a visitar), así como unas magníficas descripciones de los monumentos funerarios de Daimús⁴⁶, Torre de San José (hoy de Hércules), y Torre Ciega⁴⁷, o del toro ibérico de El Molar que actualmente se conserva en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante⁴⁸.

La localización de los antiguos accidentes geográficos, y en especial de las ciudades sigue siendo, por tanto, uno de los grandes temas de esta arqueología. No habiendo dudas sobre Xàtiva, Dénia o Cartagena, y no existiendo noticias sobre Gandía, los principales problemas se centran en las referidas: Ilici, Lucentum y Alona. En punto a resultados, pocas dudas le caben a D. Francisco respecto de la identificación de la Lucentum o Lucentia con los hallazgos del Tossal de Manisses, punto en el que –amén

⁴⁴ *Viajes...* p. 88. Ciertamente, la zona no ha sido generosa en hallazgos epigráficos, pero ya Escolano hablaba del edificio de Los Baños de la Reyna, en Calpe, mencionando unos restos de mosaicos que despertaron el interés de Cavanilles, quien muy poco después descubrió en un lugar cercano 6 piezas, 4 de ellas con mosaicos, incorporadas en sus *Observaciones*, II, pp. 226-232, aunque antes publicadas en la Gaceta de 26 de junio de 1792. Lo mismo podemos decir de su visita al castillo de Xàtiva, donde no vio restos que le interesasen: «ni se halla en todo el castillo inscripción, fábrica ni aún vestigio de romanos, y mucho menos de griegos» (*Viajes...*, p. 76). En este sentido, es evidente que a D. Francisco tendía a ignorar los restos musulmanes. Este hecho es coherente con el cariz filológico-clásico de su método (que le llevaba a valorar los restos fenicios, griegos y romanos), pero también con sus reconocidas dificultades con el árabe. En cambio, no deja de anotar que el castillo de Xàtiva fue prisión del Duque de Calabria (uno de sus célebres prisioneros). Cf. Ventura CONEJERO, *El castell de Xàtiva*, Xàtiva, 1998.

⁴⁵ Según opinión que nos ha transmitido R. Azuar. Pérez Bayer habla de una como cúpula o cimborrio, que sin duda se trata de una de las cúpulas de mihrab de la rábita califal recientemente excavada. Vid. Rafael AZUAR, *La Rábita califal de Las Dunas de Guardamar* (Alicante), Alicante, 1989.

⁴⁶ *Viajes...*, pp. 80-81.

⁴⁷ *Viajes...*, pp. 89 y 102-103. Vid. Lorenzo ABAD CASAL y Manuel BENDALA GALÁN, «Los sepulcros turriiformes de Daimuz y Villajoyosa: Dos monumentos romanos olvidados», *Lucentum*, 4, 1985, pp. 147- 184; y Lorenzo ABAD CASAL, «La Torre Ciega de Cartagena», *Homenaje al Profesor Antonio Blanco Freijeira*. Madrid, 1989, pp. 243-266.

⁴⁸ *Viajes...*, p. 101. Sobre el interés arqueológico del Molar y sus inmediaciones, vid. M. MORAVAL, *La necrópolis ibérica de El Molar (San Fulgencio-Guardamar, Alicante)*, Alicante, 1992; L. ABAD y F. SALA, *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Valencia, 1993.

de corresponder con la realidad— sigue a Lumières, aunque aún no se habían efectuado hallazgos en el actual barrio de Benalúa⁴⁹; en cuanto al *Portus Ilicitanus*, tampoco tiene dudas en ubicarlo en Santa Pola. Ahora bien, no entró a resolver si el emplazamiento de Ilici se hallaba en el propio casco urbano de Elche (como había apuntado Juan Antonio Mayans⁵⁰) o en La Alcudía —que significativamente no volvió a visitar en 1782— como pretendía el P. Leonardo Soler de Cornellá⁵¹, manteniendo sus opiniones de 1777 en el sentido de que lo entonces descubierto no parecía suficiente. Nótese que en este punto pasa por alto la opinión de Lumières, favorable al cerro costero de El Molar. Finalmente, sin apoyatura arqueológica alguna, deduce de acuerdo con los textos y aplicando criterios filológicos que Alona debía estar situada en Guardamar o, más probablemente, en las inmediaciones de las salinas de La Mata o Torrevieja.

Que el *Diario* se encuentre fundamentalmente dedicado a la transcripción epigráfica y al registro arqueológico, no significa que se consagre exclusivamente a eso. Ya hemos visto que la frescura connatural a un texto de este tipo le hace detenerse en noticias sobre las circunstancias de su viaje, y en anécdotas variadas, como el caso del moribundo al que tuvo que asistir en las calles de Cartagena⁵². Ahora bien, un trabajo epigráfico correcto, como el que hace, exige la localización de los hallazgos. Este es sin duda uno de los aspectos de mayor interés que el *Diario* tiene para los epigrafistas actuales, llevándole además a realizar detalladas descripciones urbanas, cuyos ejemplos más destacados son sin duda los de Xàtiva⁵³ y, muy especialmente Cartagena, donde efectuó la estancia más detenida de esta primera parte

⁴⁹ Vid. VV.AA., *Historia de la ciudad de Alicante*. Alicante, 1990.

⁵⁰ Juan Antonio MAYANS, *Ilici, hoi la villa de Elche en 1771* (ed. Facsímil de Antonio MESTRE SANCHIS, Valencia, 1982).

⁵¹ Vid. Ramón BALDAQUÍ ESCANDELL, *Els Soler de Cornellà a Elx en el segle XVIII*. Elx, 1993, pp. 32-41. Del mismo autor: «La reforma de la predicación en el XVIII valenciano: Leonardo Soler de Cornellá», *Anales Valencinos*, año XIII (1987), núm. 25, pp. 87-137; y (con Jesús PRADELLS NADAL) «La familia de Don Leonardo Soler de Cornellá. Un linaje de caballeros en Elche durante el siglo XVIII», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 11, 1992, pp. 25-65.

⁵² *Viajes...*, pp. 118-119.

⁵³ Lamentablemente, no podemos detenernos, como habríamos hecho de buen grado, en los contenidos urbanísticos y monumentales que D. Francisco proporciona. En cuanto a Xàtiva, donde incluso visitó el castillo —quizá demasiado sumariamente—, sugerimos contrastar la descripción de la ciudad y el castillo con los dibujos de A. van der Winjaerde, del siglo XVI. Cf. Vicente ROSSELLÓ i VERGER *et alii*, *Les vistes valencianes d'Anthoine van den Wijngaerde [1563]*, Valencia, 1990, p. 293. Hacemos gracia al lector de la masa bibliográfica reciente sobre el resto de ciudades que recorre, dada su gran amplitud. No obstante, por su carácter general, pueden consultarse: Antonio MESTRE SANCHIS (dir.) *Historia de la provincia de Alicante*, Murcia, 1985, tomo IV; y Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, *Historia de la región murciana*, Murcia, 1980, tomo VII.

del viaje⁵⁴. Todavía hoy, en ambas ciudades, puede el lector seguir sin gran dificultad los recorridos de D. Francisco por ambos cascos urbanos y sus inmediaciones. Fiel, por tanto, a su programa, tales descripciones tienen cabida esencialmente para mejor localizar los restos que observa. Lo que no quiere decir que, en otros casos, no deje de anotar algún rasgo de los lugares por los que pasa o se detiene: en Llutxent, alude al milagro de los corporales conservados en Daroca (mencionando el hospicio y convento de los dominicos hoy en rehabilitación)⁵⁵, al tiempo que desmiente la burda identificación de este topónimo con Lucentum o Lucentia; en Calp y Benidorm describirá el peñón de Ifac y las almadrabas⁵⁶, empleando casi los mismos términos que poco después utilizaría Cavanilles; en Alicante, como corresponde a un enclave portuario de primer orden, la casi única nota que registra de la ciudad es la presencia en su puerto de un importante convoy francés con destino a América⁵⁷; hará lo propio en cuanto a la salida de navíos militares en Cartagena⁵⁸, y comerciales en Águilas.

Finalmente, y de forma consecuente con el concepto que tenía de cómo debía ser su texto, en el que se daba gran importancia a los documentos, libros y personajes notables (sobre todo en lo cultural), en el Diario surge con fuerza el ilustrado y hombre de su tiempo que hay en Pérez Bayer en los más variados terrenos. Destacaremos aquí tres de estos aspectos en especial: la preocupación por las cuestiones sociales y económicas; los personajes que van desfilando en el *Diario*, y la vinculación que mantiene con ellos; y el juicio que le merecen las historias locales y regionales que va consultando.

En cuanto al primero de los terrenos, aunque esta preocupación resulta totalmente ajena al interés que le guía, aflora con fuerza en la narración, excepcional por lo detenida, que hace de su visita a la isla de Nueva Tabarca, frente a las costas de Santa Pola⁵⁹. Tras pernoctar en el castillo de esta población, apenas salido el sol se embarcó, siguiendo una idea que ya tenía cuando arribó a Alicante. Allí giró una rápida visita al caserío y a toda la isla,

⁵⁴ Vid. José María RUBIO PAREDES, «Cartagena en el Viaje literario de Pérez Bayer», en *Murgetana*, 81, 1990, pp. 91-104. En este artículo se incluye también un plano de los puntos visitados por D. Francisco.

⁵⁵ *Viajes...*, p. 78.

⁵⁶ *Viajes...*, p. 88-89.

⁵⁷ Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ, *Alicante en el siglo XVIII. Economía de una ciudad portuaria en el Antiguo Régimen*, Alicante, 1980. Pérez Bayer entró en Alicante el 25 de abril, e indica que dicho convoy «serían como treinta velas». En efecto, el 20 de abril entraron en ese puerto 12 embarcaciones de Marsella, el 21 otras 18, más 1 cada uno de los días 23, 24 y 27, según registran las Mesadas de Sanidad conservadas en el Archivo Municipal de Alicante. Agradezco a su directora, Dña. María Jesús Paternina, su ayuda en esta búsqueda.

⁵⁸ María Teresa PÉREZ-CRESPO MUÑOZ, *El Arsenal de Cartagena en el siglo XVIII*, Madrid, 1992; y Rafael TORRES, *Comportamientos demográficos de una ciudad portuaria en el Antiguo Régimen: Cartagena en el siglo XVIII*, Cartagena, 1986.

⁵⁹ *Viajes...*, pp. 98-99.

siendo acogidos por su gobernador D. Fernando Méndez. Apenas halló alguna antigüedad, pero D. Francisco se preocupó por el «estado de aquellas miserables gentes», esbozando un cuadro que encaja perfectamente, y viene a completar, nuestros conocimientos sobre el estado de la colonización de la isla no cumplidos aún tres lustros de su inicio.

Como es sabido, Carlos III rescató en 1768 de la isla de Tabarca (situada frente a Túnez) a una comunidad integrada por 69 familias (333 personas) genovesas que se hallaban, desde 1741, bajo dominio musulmán. Trasladados a Alicante y alojados en el antiguo Colegio de la Compañía, se les estableció en Tabarca en octubre de 1770, momento en que la mayoría del caserío de la isla, fortificada durante esos años por su importancia estratégica, estaba concluido. Sin embargo, muy poco después (1779) el informe emitido tras una visita de la isla realizada por orden real ya refiere las malas condiciones de habitabilidad, tanto por lo pésimo del suelo como por la escasez de agua, el clima, los temporales... A intentar poner remedio vinieron los proyectos de establecimiento de fábricas de tejidos, de lonas para velas de embarcaciones y todo género de lienzos groseros; fábrica de sarrieros; gremio de pescadores; concesión de franquicia de derechos reales en la extracción de las manufacturas, y permiso para que desde el puerto de Alicante al de Tabarca pudiesen pasar las naves a recibir las cargas de los efectos trabajados, conduciéndolos a sus destinos de venta en los términos y precauciones que se practicaban con las que pasaban desde Guardamar y Santa Pola; construcción de un gran almacén para la custodia y despacho de las producciones de los gremios y acopio de materiales...

Es el momento en que D. Francisco visita la isla, y su visión no puede ser más negativa ante la realidad, ni más escéptica ante los proyectos. Según indica, de las 80 familias iniciales (*sic*), ya quedaban sólo 20, faltas enteramente de agua, leña, «y de todo lo necesario para la vida humana, sin pan, sin vino y sin medios para adquirirlo», con frecuentes problemas de interrupción de la comunicación del barco que les suministraba desde Alicante, y hasta las nuevas construcciones ya estaban seriamente afectadas. Con incredulidad oyó a un sujeto «tratar de nuevas fábricas, muelle, atarazanas, cuarteles hospitales, puerto franco, etc. etc., y no contradixo porque no es cosa de mi pericia y por cortesanía». Profundamente afectado, él y sus acompañantes socorrieron a los isleños en cuanto pudieron, pero eso era «socorro corto y pasajero, y la necesidad es grande y diaria», por lo que concluía indicando la necesidad de que el rey tomase alguna providencia para sacarlos de aquella miseria. No se equivocó D. Francisco en su juicio. Apenas 4 años después de la creación de aquellos establecimientos y gremios, las notas dominantes eran las parcialidades, el abandono y abatimiento de las fábricas, la disminución de profesores, y el varado de los barcos

pesqueros por falta de arreos⁶⁰.

Los personajes que desfilan por las páginas del *Diario* son numerosos. Es este un aspecto que tomará fuerza especialmente durante la larga estancia andaluza, hasta el punto de que P. Pérez García no duda en indicar, al hablar de ella que: «en buena medida, (...) el diario (...) constituye una réplica bastante exacta de la élite civil, religiosa e intelectual de la Andalucía del año 82»⁶¹. En lo que respecta a Valencia y Murcia, el trayecto experimentó menos demoras, el trabajo por realizar —con la guía de Lumières y los conocimientos propios— era mucho y estaba casi marcado con antelación. En estas condiciones, el *Diario* no alcanza aquí la riqueza que en estos aspectos arroja sobre Andalucía, o el extraordinario interés que —aún hoy— tienen las relaciones que entabla personalmente en Portugal. En honor a la verdad, no es menos cierto que pocas ciudades del área valenciana y murciana contaban (salvo la capital del Segura) con unas élites intelectuales equiparables a las de las grandes urbes andaluzas. Ahora bien, los personajes que aparecen son también numerosos. Lógicamente, se trata, en su mayor parte, de individuos notables en cada una de las poblaciones, o residentes en ellas, bien por su grado de formación, bien por su posición social, aunque como es sabido ambas cosas solían ir unidas de un modo u otro. Ahora bien, destacaremos fundamentalmente a tres eclesiásticos con quienes D. Francisco tenía una antigua relación personal, y tras los cuales se encuentran buena parte de las claves de la Ilustración y del reformismo de la época en esta zona. Se trata del obispo de Orihuela, D. José Tormo; del canónigo dignidad de arcediano de Chinchilla en la catedral de Murcia, D. José Pérez Esteve; y del provisor de la diócesis de Cartagena, D. Fernando de Mier y Terán.

Los dos primeros se encontraban —significativamente juntos— en Elche cuando D. Francisco se dirigió hacia dicha ciudad⁶². D. José Tormo y Juliá, como su antecesor en la mitra oriolana D. Pedro Albornoz, realizó la carrera universitaria bajo la protección del arzobispo valenciano Andrés Mayoral. En las aulas valencianas fue discípulo de Felipe Bertrán y compañero de estudios de José Climent. En 1743, el obispo Gómez de Terán le llamó para ocupar la primera cátedra de Teología Dogmática que se estableció en el Seminario de Orihuela, accediendo después a una cátedra de filosofía tomista en la Universidad valenciana. Su magisterio coincidiría con el de Vicente Blasco y, por tanto, con el periodo crucial denominado por Florensa como el de crisis de la filosofía aristotélica en dicha Universidad. Una estancia posterior en Madrid fue el pértico para el inicio de una larga carrera ecle-

⁶⁰ Sobre Tabarca. La aportación más reciente es la de Pablo ROSSER LIMIÑANA, «Aspectos históricos. La isla de Nueva Tabarca», en *Estudios sobre la reserva marina de la isla de Tabarca*. Alicante, 1991.

⁶¹ *Viajes...* p. 40.

⁶² *Viajes...*, p. 95.

siástica que le llevaría desde curatos a canongías, al rectorado de la Universidad valenciana y al cargo de obispo auxiliar de Mayoral, hasta alcanzar la mitra de Orihuela en julio de 1767, que ceñiría hasta su muerte en 1791. En realidad, cuando Pérez Bayer habla en el *Diario* del «favorecimiento» que recibió de Tormo, hemos de anotar que fue a D. Francisco a quien Tormo debió su obispado, cuando le brindó su amistad y protección en la Corte⁶³. D. José fue hombre de firmes convicciones reformistas, manifestadas en múltiples actuaciones durante su largo pontificado, aunque ciertamente se aleja del modelo de intelectual ilustrado, como se desprende del análisis que a él ha dedicado M. Martínez⁶⁴.

En cuanto a José Pérez, quizá resulte un personaje menos conocido, aunque entendemos que de no menor trascendencia intelectual y reformista. D. José fue, en opinión también de Florensa, uno de los más destacados introductores, desde la cátedra que desempeñó entre 1748 y 1757, de la filosofía moderna en la Universidad de Valencia, y después pieza importante del propio grupo de Bayer en la Corte, donde intrigó en busca de un alto beneficio eclesiástico hasta que se trasladó a Murcia en 1767. Suya es la autoría, en estrecha colaboración con el obispo Manuel Rubín de Celis y Primo, del plan de estudios de filosofía y teología del Seminario de San Fulgencio (del que fue rector desde 1772 hasta 1780), que abrió el camino de las reformas en este centro educativo. Pérez moriría en 1787, pero sin duda su más claro heredero intelectual fue su sobrino Ramón Campos, quizá el más significado filósofo sensista de nuestras *Luces*⁶⁵, que se educó bajo la tutela de Pérez, en el colegio murciano. La familiaridad y la amistad de Pérez Bayer con ambos personajes queda perfectamente de manifiesto en el *Diario*: como se ha dicho, el obispo salió nada menos que a recibirle en su coche, junto con el arcediano, para hacer su entrada juntos en la villa; después, le hospedó en su casa; y en cuanto a Pérez, en unión de otro canónigo de Orihuela, le acompañó en su visita a Santa Pola y Tabarca, así como en su despedida camino de Guardamar⁶⁶.

⁶³ Antonio MESTRE SANCHIS, *Epistolario VI. Mayans y Pérez Bayer*. Valencia, 1977, pp. L, LI, LVI. Cf. También del mismo autor, «Un grupo de valencianos en la corte de Carlos III», en *El mundo intelectual de Mayans*. Valencia, 1978.

⁶⁴ Mario MARTÍNEZ GOMIS, *La Universidad de Orihuela (1610-1807). Un cenro de estudios superiores entre el Barroco y la Ilustración*. Alicante, 1987, tomo II, pp. 138-150.

⁶⁵ Cayetano MAS GALVAÑ, «De la Ilustración al Liberalismo: el Seminario de San Fulgencio de Murcia (1774-1823)», *Trienio*, 12, noviembre 1988, pp.112-113; ID., «Introducción» a la obra de R. CAMPOS PÉREZ, *De la desigualdad personal en la sociedad civil*. Alicante, 1989, pp. 13-15.

⁶⁶ Nótese que, sin embargo, Pérez Bayer no visitó -seguramente por carecer de referencias sobre la existencia de restos en ellas- ni Orihuela ni Murcia, las ciudades donde «naturalmente» debería haber visto a ambos personajes. Nos queda la incógnita acerca de si el hecho de estar reunidos en Eix previamente a la llegada de D. Francisco se debió precisamente al conocimiento de la visita e itinerario de un personaje al que tanto debían.

En cuanto a D. Fernando de Mier y Terán⁶⁷, Pérez Bayer se refiere a él como «mi gran favorecedor y amigo». D. Fernando, brazo derecho del obispo Rubín de Celis, fue uno de los más destacados integrantes del denominado «grupo cantábrico» de la Murcia de la época, integrado básicamente por familiares sanguíneos del obispo, formados en su mayoría en la Universidad de Valladolid, y responsables –junto con el grupo valenciano capitaneado por Pérez– de la introducción en Murcia a través del Seminario fulgentino, de las más características corrientes ilustradas (especialmente por cuanto hace al plan de estudios de Derecho de 1778, dada su condición de juristas). De hecho, apenas llegados a Murcia, en 1773, los miembros de este grupo se vieron delatados ante la Inquisición local por retener obras prohibidas sin licencia, y en concreto D. Fernando por tener «completas las dichas obras del Van-Espen, y la Historia de la Biblia de Royamon, los Discursos sobre Historia Eclesiástica y las Instituciones Eclesiásticas de Fleuri, sin las notas de Boemero»⁶⁸. En cuanto a la relación de D. Francisco con el obispo, ésta era antigua y muy significativa: nombrado Rubín de Celis obispo de Valladolid en 1771, el 25 de marzo de ese año se le comisionó para efectuar la visita del Colegio Mayor de Santa Cruz, lo que le coloca perfectamente en las proximidades del triunvirato Roda-Pérez Bayer-Bertrán. Su intervención en esta materia, del todo en línea con los presupuestos gubernamentales, sin duda debió ser decisiva en su promoción a la mitra murciana⁶⁹.

No son estos los únicos personajes con los que Pérez Bayer muestra familiaridad o con los que establece una relación cordial, en virtud de su alcurnia, su formación o sus aficiones y buen gusto por las antigüedades, o de ambas cosas a la vez. Aquí cabría anotar el estrecho contacto con el «marquesito» de La Romana, primera persona que le recibe en Cartagena, y con quien después volverá a verse manifestando un trato familiar. Se trata, en este caso, de D. Pedro Caro y Sureda, tercer marqués de La Romana, e hijo de D. Pedro Caro y Maza de Linaza, quien a la sazón contaba con 21 años de edad⁷⁰. Conocido sobre todo por sus actuaciones durante la Guerra de

⁶⁷ Pérez Bayer se vio con Mier y Terán en Cartagena, desde la noche del 4 de mayo, en repetidas ocasiones. Sin duda, Mier también conocía previamente la visita de D. Francisco. *Viajes...*, p. 109.

⁶⁸ Vid. mi trabajo sobre el Seminario, antes citado; así como el de Antonio VIÑAO FRAGO, «El Colegio-Seminario de San Fulgencio: Ilustración, liberalismo e inquisición», *Áreas*, Murcia, nº 6 (1986), pp. 17-48. La delación contra Mier en A.H.N., *Inquisición*, leg. 3.731, exp. 134.

⁶⁹ Cayetano MAS, *loc. cit.*, pp. 109-110. Su intervención en la visita del Colegio vallisoletano en F. PEREZ BAYER, *Diario histórico de la reforma de los Colegios Mayores de Salamanca, Valladolid y Alcalá*, Biblioteca Universitaria de Valencia, ms. 264-276, vol I. Ff. 20 y ss., 167, 173, 178 y ss., 187, 223-235, 254 y ss., 280, 293 y 477.

⁷⁰ Nacido en Palma de Mallorca el 3 de octubre de 1761, murió en Cartaxo (Portugal) el 23

Independencia (murió siendo mariscal de campo), en esos momentos era ya alférez de fragata, grado al que accedió en 1779, tras haber cursado sus estudios en el Colegio de Marina de Cartagena. Tal como indica D. Francisco, el marqués se encontraba esperando el arribo de un convoy comandado por el brigadier Buenaventura Moreno. Mención especial merecen, en Alicante y Elche, dos personajes a quienes no conocía pero por los que manifiesta una clara simpatía. Nos referimos a los hermanos Mariano e Ignacio Pérez de Sarrió, destacados miembros de la nobleza de la zona, tanto por su patrimonio en el término de Alicante, como por la condición de señor de Formentera y marqués de Algorfa del segundo, el que parecía más inclinado a las antigüedades⁷¹.

Y en esa misma línea hemos de incluir, otra vez en Cartagena, a D. Jacinto Ceruti, «mi amigo», uno de los maestros de la Academia de Caballeros Guardiamarinas⁷²; y a D. Cristóbal Viala, capellán de dichos caballeros, «que en esta ciudad ha sido mi compañero perpetuo»⁷³. Con ambos, D. Francisco giró una visita a la Academia donde se le hizo una demostración de los conocimientos de los cadetes, y del funcionamiento de los distintos aparatos e instalaciones de uso náutico y astronómico. Cabría mencionar, en fin, a D. Ginés de Paredes, otro eclesiástico que le sirvió de guía en su visita a Mazarrón y que le acompañó en su propio coche hasta Lorca⁷⁴.

A través de sus contactos, D. Francisco Pérez Bayer tuvo conocimiento

de enero de 1811. D. Pedro volvería a verse el 28 de septiembre con Pérez Bayer en Algeciras, a bordo de la fragata Juno, junto al que era su jefe y al que también vio en Cartagena, D. Buenaventura Moreno. *Viajes...* pp. 408-409.

⁷¹ Los Pérez de Sarrió fundaron en 1691 el señorío alfonsino de Formentera, y protagonizaron el intento de fundación de otro del mismo tipo en El Campello que no llegó a fructificar, especialmente en el caso de Ignacio Pérez de Sarrió, señor de Formentera y marqués de Algorfa. Ignacio Pérez de Sarrió Paravicino había nacido en 1715, mientras que su hermano Mariano Ignacio, caballero de la Orden de San Juan, lo hizo en 1730. Contaba por tanto el primero 67 años cuando se encontró con Pérez Bayer, y 52 el segundo. Vid. Fr. A. ARQUES JOVER, *Nobiliario alicantino* (transcripción de Luis Mas y Gil), Alicante, 1966; ARMANDO ALBEROLA ROMA, *Jurisdicción y propiedad de la tierra en Alicante (ss. XVII-XVIII)*, Alicante, 1984, pp. 481-497. Respecto de Formentera y Algorfa, Antonio GIL OLCINA, *La propiedad señorial en tierras valencianas*, Valencia, 1979, pp. 164-167, y Antonio GIL OLCINA y Gregorio CANALES MARTÍNEZ, *Residuos de propiedad señorial en España. Perduración y ocaso en el Bajo Segura*, Alicante, 1988, pp. 241-255.

⁷² *Viajes...* p. 126. Director de la Academia, impartió enseñanza hasta 1786, ante el fulminante ascenso del joven Gabriel Císcar. Apud Emilio LA PARRA LÓPEZ, *El regente Gabriel Císcar. Ciencia y revolución en la España romántica*, Madrid, 1995. Cuando Pérez Bayer visitó la ciudad, D. Gabriel no se encontraba en Cartagena.

⁷³ *Viajes...*, p. 125.

⁷⁴ Los eclesiásticos locales actuaban con frecuencia como guías o informadores de Pérez Bayer en cada localidad: el P. dominico Fr. Domingo Fuentes en Xàtiva, el capiscol de la Colegiata D. Ignacio Verdú en Gandía...

de algunas obras históricas de las cuales, y del juicio que sobre ellas forma, haremos mención para finalizar. Hallándose en Alicante, anota que le «presentaron un manuscrito en folio que trata de las antigüedades de Ylice o Alicante, que se autor crehe ser ambas un mismo pueblo». En efecto, tal como indica el propio D. Francisco, se trata de la obra de los PP. jesuitas Juan Bautista Maltés y Lorenzo López. Puesto que no tenía tiempo más que para ojear la copia que se le proporcionaba (propiedad del sacriste de San Nicolás), se centró en la discusión de las autoridades en que pretendía fundarse ser Alicante la Ilice, «las cuales no me parecen al prompto poderosas»⁷⁵; por otro lado, anota que en dicho manuscrito ya se consignan las antigüedades que él mismo acababa de registrar en la partida de La Condomina⁷⁶. Aunque debe reconocerse la suavidad del juicio de Bayer sobre la obra (que ha permanecido inédita hasta hace pocos años)⁷⁷, hemos de considerarla básicamente como una secuela de la historiografía barroca, y en concreto de las obras y las tesis ya vertidas, localista y apriorísticamente, por V. Bendicho a mitad del siglo anterior⁷⁸.

En la misma línea, con escasas diferencias, se encuentran sus juicios sobre las dos historias referentes a la zona murciana que llegaron a sus manos. En primer lugar, la *Cartagena ilustrada*, obra del «buen» P. Fr. Leandro Soler⁷⁹, ya conocida de Lumières. Aunque Soler escribió guiado de un explícito interés apologético, que le inclinaba a una excesiva credulidad ante las tradiciones locales, su declarado rechazo de los falsos cronicos y la pulcritud del trabajo en general explican el juicio generoso de D. Francisco⁸⁰. En cambio sería bastante más duro, si bien manteniendo siem-

⁷⁵ *Viajes...*, p. 94.

⁷⁶ En efecto, los capítulos de la *Década Primera* de esta obra están destinados a tales cuestiones de autoridades y lápidas.

⁷⁷ Sobre todo si se compara con las aceradas frases que en su momento dedicó el deán Manuel Martí al P. López, centrando perfectamente el mérito que pudiera haber en su autor: «Al P. López no veré porque para mí es vitando. Recién venido acá travamos amistad, porque me tenían imbuido de grandes excelencias del sujeto. Pulséle, y *et inventus est minus habere*. Es un hombre erudítulo, con un género de erudición (siento darle este nombre) vulgar y trivial. Jesuítica...» y así, hasta llegar a dar orden de «en mi casa que no se le abriera la puerta». *Apud* Antonio MESTRE SANCHIS, *Epistolario III. Mayans y Martí*. Valencia, 1973, pp. 194-195.

⁷⁸ Juan Bautista MALTÉS, *Ilice ilustrada*. Ed. e índices a cargo de M^a Luisa Cabanes Catalá y Susana Llorens Ortuño; Introducción de Armando Alberola Romá y Cayetano Mas Galvañ. Alicante, 1991.

Respecto de las primeras crónicas de Alicante, *vid.* Armando ALBEROLA ROMA y Cayetano MAS GALVAÑ, «Acercas de cómo hacer historia local durante la Edad Moderna. Las Crónicas de la Ciudad de Alicante de los siglos XVII y XVIII», *Anales Valencinos*. XIX, 1993, núm 38, 391-432.

⁷⁹ *Viajes...*, p. 124. Pérez Bayer da la cita exacta, prueba inequívoca de tener la obra ante sus ojos.

⁸⁰ Fr. Leonardo SOLER, *Cartagena de España Ilustrada*, publicada en 2 partes en 1777 y

pre la ironía, cuando durante su estancia en Lorca tropezó con una obra que, con toda justicia le mereció una pésima opinión: «me enbió un gran libro (esto es, un gran mal) del R. P. Pedro Morote Pérez Chuecos, ex-lector, ex-definidor, ex-electo, etc., historiador de las antigüedades y los blasones de la ciudad de Lorca, donde leí cosas que no están escritas; y me divertí el resto de la noche admirando la simplicidad de este escritor y que haya quien costee la impresión de tales libros»⁸¹. Tres obras que, en conjunto, ponen en evidencia las deficiencias de la historiografía local del Setecientos, perfectamente acordes con la realidad social y cultural de la que surgen⁸².

APÉNDICE

Las inscripciones romanas en el *Viaje literario* de Pérez Bayer por Valencia y Murcia.

Hasta un total de 106 inscripciones cita Francisco Pérez Bayer entre Játiva y Lorca, la mayor parte de ellas vistas personalmente entre el 17 de abril y el 14 de mayo de 1782.

Su manuscrito, no idénticamente conservado en las tres copias existentes⁸³, fue empleado generosamente por B. Ribelles a comienzos del siglo

1778, la primera y la segunda respectivamente. Franciscano, Soler debió nacer a principios del siglo XVIII, y vivió entre Cartagena, Lorca y Murcia. Esta obra es encargo del obispo D. Diego de Roxas Contreras, gobernador del Consejo de Castilla y antecesor de Rubín de Celis.

⁸¹ *Viajes...*, p. 131. La obra existe, y las citas que de ella da son exactas: *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca, y historia de Santa María la Real de las Huertas...* Murcia, Francisco Joseph López Mesnier, 1741. Nacido en 1680, fue franciscano recoleto y colegial fundador del de la Purísima de Lorca. La obra, amén de fantástica y apologética, está plagada de referencias a los falsos cronicones.

⁸² Sobre la producción impresa murciana, me remito a mi aproximación, cuyas ideas básicas sigo considerando válidas: Cayetano MAS GALVAÑ, «Notas sobre cultura e imprenta en Murcia durante el siglo XVIII», *Anales Univ. Alicante. Revista de Historia Moderna*, 1984, 4, pp. 73-111; y en cuanto a Lorca y su ambiente cultural y educativo: Cayetano MAS GALVAÑ, «Mentalidad tradicional, reformismo ilustrado y educación clerical: el Seminario de la Purísima de Lorca», *Anales Univ. Alicante. Historia Moderna*, nº 8-9, 1988-1990, pp. 119-148.

⁸³ F. Pérez Bayer, *Diario del viaje que hizo desde Valencia á Andalucía y Portugal en 1782* (segunda parte), ms. Univ. de Valencia, Biblioteca, sign. M.935 (la primera parte no se conserva); F. Pérez Bayer, *Diario del viaje que hizo desde Valencia á Andalucía y Portugal en 1782*,

XIX⁸⁴, que tuvo oportunidad de ver y copiar algunos dibujos de Pérez Bayer que no han llegado a nosotros en su versión original ⁸⁵; en 1869, en la primera edición de las *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Hübner hizo uso de los dos ejemplares conservados en Madrid, por lo que huelga decir que el manuscrito carece hoy de epígrafes inéditos; por lo que se refiere a las inscripciones del área geográfica que nos ocupa, Pérez Bayer sería de nuevo objeto de atención de Teodoro Llorente ⁸⁶ y de Roque Chabás ⁸⁷, que se sirvieron de él para guiarnos por los textos de Denia en 1886. La parte referida a Cartagena recibiría atención ya en este siglo en el magnífico estudio de José M^a Rubio ⁸⁸.

En diversos lugares del texto, Pérez Bayer indica que viaja con los manuscritos del Conde de Lumières para encontrar sin dificultad los epígrafes que aquel había visto. Ya en 1782 había visto la luz el opúsculo de Lumières sobre *Lucentum* y sobre los hallazgos en el barrio cartagenero de Santa Lucía ⁸⁹, pero la información suministrada por Pérez Bayer demuestra que en 1782 llevaba consigo el manuscrito inédito de Valcárcel sobre Cartagena, que sólo verá la luz en 1796 ⁹⁰, y del que indica qué inscripciones se han perdido ya en su tiempo; pese a ello Lumières no incorporaría estas modificaciones a la versión impresa.

Por los datos que se desprenden del texto, Pérez Bayer debió contar tam-

2 vol., Madrid, Biblioteca Nacional, sign. 5953 - 5954 (sin ilustraciones); F. Pérez Bayer, *Diario del viaje que hizo desde Valencia á Andalucía y Portugal en 1782*, Madrid, Real Academia de la Historia, sign. C-77, transcrito por Vicente Joaquín Noguera (parcialmente impreso en La Alhambra 3, 1900, pp. 295 ss., 349 ss. y 4, 1901, pp. 9 ss. y 154 ss.); cfr. E. Hübner, *Corpus Inscriptionum Latinarum, volumen secundum. Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Berlín 1869, p. xxiii, n^o 75, que dio por perdido el ejemplar valenciano y empleó los dos conservados en Madrid; A.U. Stylow, en *Corpus Inscriptionum Latinarum, volumen secundum. Inscriptiones Hispaniae Latinae. Editio altera, pars V. conventus Astigitanus*, Berlín 1998, p. xxxv.

⁸⁴ B. Ribelles, *Colección de lápidas y antigüedades romanas de la ciudad y reino de Valencia*, ms., Archivo de los PP. Dominicos de Valencia, inv. Ms. 17; *id.*, *Leve reseña de diferentes antigüedades y memorias valencianas*, anteriores a la dominación cartaginesa, ms., Archivo de los PP. Dominicos de Valencia, inv. Ms. 58.

⁸⁵ Cfr. por ejemplo infra n^o 42 (HEp 5, 32) de Santa Pola.

⁸⁶ T. Llorente, «Pérez Bayer y las lápidas romanas de Denia», *El Archivo* 1.33, 1886, pp. 260 - 262 y 1.34, 1886, pp. 268 - 269.

⁸⁷ R. Chabás, «Anotaciones al manuscrito de Pérez Bayer sobre la epigrafía de Denia», *El Archivo* 1.34, 1886, pp. 269 - 270.

⁸⁸ J.M^a Rubio, «Cartagena en el Viaje Literario de Pérez Bayer», *Murgetana* 81, 1990, pp. 91 - 104.

⁸⁹ A. Valcárcel (Conde de Lumières), *Lucentum. oy la ciudad de Alicante en el reino de Valencia*, Valencia 1780; *id.*, *Carta que escribe el Excmo. Sr. D. Antonio Valcárcel Pío de Saboya y Moura, conde de Lumières, a D. F.V.R. sobre los monumentos antiguos descubiertos últimamente en el barrio de Santa Lucía en la ciudad de Cartagena*, Valencia 1781.

⁹⁰ A. Valcárcel (Conde de Lumières), *Inscriptiones de Carthago nova, hoy Cartagena en el reino de Murcia*, Madrid 1796.

bién para su periplo con las notas inéditas de Lumières referidas a La Safor y a las comarcas de La Marina, pues en ambos territorios busca directamente las inscripciones que se encuentran fuera de los cascos urbanos, conociendo previamente su ubicación antes de realizar cada desplazamiento. En este sentido, su obra mejora incluso el manuscrito de Lumières referido a todo el reino de Valencia⁹¹, pues aunque la fecha de este último es posterior, algunas observaciones eran previas a la visita de Pérez Bayer a cada uno de los monumentos.

De lo dicho cabe inferir que al epigrafista le aguardan pocas sorpresas en la lectura del *Viaje literario*; sin embargo, el manuscrito guarda un tesoro no siempre convenientemente empleado, que es el referido a la procedencia exacta de los epígrafes o a su lugar de conservación en 1782. Pérez Bayer describió con precisión el lugar que ocupaban las inscripciones que describía, a veces con una meticulosidad que rebasa incluso el empeño de Lumières, de cuyos apuntes topográficos, como hemos dicho, se guía.

En las páginas que siguen se han numerado las inscripciones citadas por Pérez Bayer indicando la jornada de viaje a que corresponden y los datos que facilita sobre su ubicación. En cada epígrafe se señala la referencia bibliográfica básica de Hübner (CIL II) o una alternativa cuando ésta no existe y no toda la literatura existente, así como el lugar actual de conservación o la pérdida del monumento. Omitimos las variantes de lectura de Pérez Bayer, que se encuentran ya en Hübner y en las obras de referencia.

Játiva. 17 de abril de 1782, por la mañana.

Guiado por el P. dominico Domingo Fuentes, procurador de las monjas dominicas de la Consolación o del Portal «*sujeto curioso en antigüedades y muy práctico en las de dicha ciudad*».

En el Ayuntamiento, guardadas «*en un cuarto bajo como se entra en dichas casas a mano izquierda, frente de las cárceles*»...;...«*las tres están juntas y son pedestales, y tienen sus molduras y están muy bien conservadas*».

1.- CIL II 3622. Játiva. Museo Municipal.

2.- CIL II 3620. Játiva. Museo Municipal.

3.- CIL II 3621. Játiva. Museo Municipal.

«*Llevóme después a casa de un caballero llamado don Ceferino Ortiz, calle de Moncada, y en el zaguán, al pie de la escalera...pedestal*»:

4.- CIL II 3635. «*En esta son singulares los diptongos y monogramas o letras ligadas*».

⁹¹ A. Valcárcel (Conde de Lumières), *Inscripciones y antigüedades del reino de Valencia*. Madrid 1852, a partir del manuscrito enviado por el autor a la Real Academia de la Historia en 1805.

Játiva, col. particular C/ Moncada, 18 (cfr: Gómez y Ferragut, *Studia Philologica Valenciana* 2, 1997, p. 153).

«Llevóme después al rastro o carnicerías públicas...un cilindro de cerca de dos palmos de diámetro y casi cinco de largo, muy maltratado y casi ilegible...»:

5.- Cfr. nº 6.

«Otras dos...la una a la puerta de dichas carnicerías, en el lintel izquierdo, que habla de un MARCO CORNELIO FLACCINO»:

6.- CIL II 3633. Perdida.

«otra en la pared de lo que se llama el repeso, y tiene el nombre de LVCIO FABIO TROPO»:

7.- CIL II 3618. Játiva. Museo Municipal.

Játiva. 17 de abril de 1782, por la tarde.

«Como a la mitad de la cuesta del castillo, monasterio de bernardos...y en un descubierto de él, al cual se va desde el claustro, se halla la inscripción siguiente encastrada en la pared y vuelta a poniente»:

8.- CIL II 3630. Játiva. Museo Municipal.

«Bajando del castillo...está la iglesia de san Feliu o san Félix Mártir...; contigua a dicha pila [de agua bendita] entrando en la iglesia a mano izquierda...»:

9.- CIL II 3623 + p. 960. Játiva. En el mismo sitio.

«Al opuesto lado se halla otra colocada de través...»:

10.- CIL II 3638 + p. 960. Játiva. En el mismo sitio.

«Sé que estas dos inscripciones se han leído, copiado y publicado de otra suerte, y también la que antecede de Clodia Patricia [CIL II 3630], pero así están como aquí se copian».

«Al volver a la ciudad, a la entrada de la calle por donde se sube a la iglesia que llaman de las Santas, a mano izquierda como bajamos, en una corrala de la segunda o tercera casa se halla este fragmento»:

11.- CIL II 3641. Játiva. Perdida.

«Díjome más el padre Fuentes: que en cierta heredad llamada la Casa Blanca, a un cuarto de legua de la ciudad camino de Vallada y Real para Madrid, se hallaba otra inscripción romana, pero no quise detenerme en copiarla por no perder media jornada».

12.- CIL II 3632. Se conserva en el mismo sitio.

Gandía. 19 de abril de 1782.

«Una en el que llaman Tosal, en la casa que fue del canónigo Cebrià y hoy es del cabildo...Don Ignacio Verdú...me envió noticia que tenía sacada del maestro Diago...»:

13.- CIL II 3605/5972 + AE 1983, 606. Perdida; copia en el Museo

Comarcal de Gandía.

«Otra...en la calle que llaman de la Linera, como se revuelve para ir al palacio de los Duques, en la misma esquina al pie de la casa de la señora Esperanza Ferrandis...»:

14.- CIL II 3601. Gandía, Museo Comarcal.

Daimús. 20 de abril de 1782, por la mañana.

«...sepulcro de cierta BEBIA QVIETA con la inscripción siguiente...»:

15.- CIL II 3616. Gandía, Museo Comarcal.

«Hay asimismo en el huerto que llaman del Señor, contiguo a la torre hacia el mediodía, una gran basa de estatua de siete palmos de alta y ancha a proporción, y se conservan en ella algunos vestigios de letras, pero nada puede ya leerse, por haber servido la tal piedra para majar esparto.»

16.- CIL II 3615. Perdida.

Oliva. 20 de abril de 1782, por la mañana.

«...antes de comer me encaminé a la casa que fue del señor don Gregorio Mayans y Siscar; difunto pocos meses ha en Valencia, de buena memoria, donde sabía se conservan algunas antiguas memorias. En efecto, hallé en el zaguán...»:

17.- CIL II 3612. Oliva, Museo Arqueológico Municipal.

18.- CIL II 3614. Oliva, Museo Arqueológico Municipal.

19.- CIL II 3609. Oliva, Museo Arqueológico Municipal.

Oliva. 20 de abril de 1782, por la tarde.

«...en la ermita de San José...en el atrio de dicha ermita a la mano izquierda...»:

20.- CIL II 3603. Oliva, Museo Arqueológico Municipal.

Denia. 21 de abril de 1782, por la mañana.

«...en el lienzo de la muralla exterior del castillo que mira al mar...»

21.- CIL II 3593. Denia, Museo Arqueológico.

«Dando vuelta al castillo por la parte de oriente hacia lo que llaman la Dehesa, en la alquería o noria dels Capellans se halla...suelta.»:

22.- CIL II 3583 + p. 958. Denia, en el Ayuntamiento, empotrada en la fachada.

«Contigua a la antecedente...pedestal...»:

23.- CIL II 3580. Denia, en el Ayuntamiento, junto a la galería exterior.

«En el huerto del convento de San Francisco, por bajo de las ventanas de la celda de la guardiana, a la raíz del suelo...colocada de través...»:

24.- CIL II 3590. Denia, Museo Arqueológico.

«Otra hubo en el mismo convento muy pequeña...y aunque se buscó con

cuidado no pudo descubrirse»:

25.- CIL II 3589 + AE 1988, 822. Denia, col. particular.

«En la Calle Mayor, en casa de doña María Angela de Bordonabe, en el losado del descubierta o patio...»:

26.- CIL II 3594. Perdida.

«...en una de las dos torres cuadradas del castillo que miran a poniente...»:

27.- CIL II 3586/5961 + p. 958. Valencia, Museo de Bellas Artes.

Ondara. 22 de abril de 1782, por la mañana.

«...en uno de los soportales de la plaza...»:

28.- CIL II 3596. Perdida.

«...calle que llaman de la Serra, y al fin de ella, en la última casa, a mano izquierda, junto a la acequia o caño de agua...»:

29.- CIL II 3597. Ondara, en el Ayuntamiento.

«La huerta del convento de religiosos mínimos de esta villa está por aquella parte contigua a las casas y calle sobredichas, y al lado del caño o acequia de agua, junto a la cual se puso la inscripción de TERENCEO LEMNEO, se halla la siguiente»:

30.- CIL II 3599. Perdida.

Villajoyosa. 24 de abril de 1782.

«...en la mesa del altar mayor de la parroquial...»:

31.- CIL II 3570 + p. 958. Villajoyosa, Museo Municipal.

«En la misma iglesia parroquial, como se entra por la puerta principal a mano derecha...»:

32.- CIL II 3573 + p. 958. Villajoyosa, iglesia parroquial, como pila de agua bendita.

«En la pared exterior de la capilla de Santa María...muy cerca del suelo...»:

33.- CIL II 3572 + p. 958. Villajoyosa, iglesia parroquial, en la fachada exterior.

«En casa de Simeón Maioz, boticario, en la Calle Mayor...»:

34.- CIL II 3577. Villajoyosa, col. particular.

«En la heredad llamada Almiserà...»:

35.- CIL II 3576. Villajoyosa, partida L'Almiserà, empotrada en el muro.

«Desde allí [L'Almiserà] retrocedí como otra hora de camino hacia poniente y me encaminé a la heredad llamada el Molino de Linares, el cual dista como media hora de camino de Villajoyosa, y allí vi y copié dos fragmentos de una misma piedra, los cuales, a mi instancia, se descubrieron, porque estaban el uno cubierto de yeso y el otro encastrado en una pared y vuelta la inscripción a lo interior de ella...»:

36.- CIL II 3571. Villajoyosa, Museo Municipal.

Alicante. 27 de abril de 1782, por la mañana.

«...me envió el señor D. N. Sarrió, caballero sanjuanista, copia de dos inscripciones que se hallan en la huerta de Alicante, en dos heredades distantes entre sí y de esta ciudad una legua...;... en la huerta de Alicante, en lo que llaman la Condomina, a una legua de la ciudad. Distan entre sí como medio cuarto de legua, y poco más del sitio de La Albufereta...en la heredad de don Francisco Borgoño.... Lo especial de esta piedra es tener lineado o cerrados entre dos líneas los renglones, como se ponen a los niños en la escuela las pautas para que no salgan de ellas las letras. también la forma de los puntos entre las dicciones es singular; porque constan de cuatro picos o rayas en esta forma x, o su semejante. No he visto otro ejemplar»:

37.- CIL II 3561 + p. 957; EE 8, p. 444; CIL I³ 2275 (= 1482). Perdida.

«...en la heredad de D. Francisco Bojoni...»:

38.- CIL II 3563 + p. 957; EE 9, p. 134. Valencia, Museo de Bellas Artes.

Elche. 28 de abril de 1782, por la mañana.

«...en la casa del ayuntamiento...»:

39.- CIL II 3556 + p. 957. Elche, empotrada en la fachada del Ayuntamiento.

40.- CIL II 3555 + p. 957. Elche, empotrada en la fachada del Ayuntamiento.

Santa Pola. 28 de abril de 1782, por la tarde.

«...nos recibió...don Diego Mira, alcalde y gobernador de la fortaleza, en cuya casa se conservan las inscripciones siguientes»:

41.- CIL II 5953 + CIL VIII 10012. Procede de Argelia. Se encuentra en Elche, calle Corredera, nº 17 en la fachada exterior.

«Allí mismo, en el plano superior de un cipo o columna redonda que tendrá como tres palmos de diámetro y de alto unos cuatro palmos, se descubre aún las letras y vestigios siguientes...»:

42.- HEp 5, 32. Perdida.

Cartagena. 2 de mayo de 1782, por la tarde.

«...en la haz de esta torre [Torre Ciega]...una inscripción, de que sólo se conservan las letras siguientes»:

43.- CIL II 3462. Cartagena, monumento de la Torre Ciega.

Cartagena. 5 de mayo de 1782, por la tarde.

«En la misma iglesia [i.e. catedral vieja], como entramos por la puerta principal a mano derecha, al pie de una pilastra se ve una inscripción puesta a través...»:

44.- CIL II 3518. Perdida.

«...en una de las gradas por donde se sube a la puerta principal antedicha, pero sumamente estropeada e ilegible»:

45.- No sabemos a qué inscripción se refiere.

«Casa de los Santos, donde hay una colección copiosa de inscripciones...»:

Todas se conservan actualmente en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena.

46.- CIL II 3503. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 82).

47.- CIL II 3426. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 56).

48.- CIL II 3466. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 76).

49.- CIL II 3452. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº

4.042).

50.- CIL II 3483. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 75).

51.- CIL II 3417 + p. 711 y 952. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 48).

52.- CIL II 3421. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 55).

53.- CIL II 3482. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 83).

54.- CIL II 3477. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 81).

55.- IHC 177. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 189).

56.- CIL II 3498. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 80).

57.- CIL II 3464. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 71).

58.- CIL II 3469 y 3470. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 79).

59.- CIL II 3478. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 78).

60.- CIL II 3484. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 72).

61.- CIL II 3501 + CIL Iº 3449 h. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 74).

62.- CIL II 3487. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 73).

63.- CIL II 3494. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 77).

«En el umbral de la casa inmediata a la Casa de los Santos...»:

64.- CIL II 3440. Perdida.

Cartagena. 6 de mayo de 1782, por la mañana.

«...subí al castillo...En la torre más elevada de él, que llaman El Macho, en la haz que mira a poniente está este fragmento de través»:

65.- CIL II 3422 + p. 952. Madrid, Museo Arqueológico Nacional (inv. nº 16.611).

«...castillo...En la [haz] que mira a norte, por donde está la entrada...»:

66.- CIL II 3508 + p. 952. Madrid, Museo Arqueológico Nacional (inv. nº 16.581).

«Otra en el ángulo de la torre, entre norte y poniente...»:

67.- CIL II 3425 + p. 952. Madrid, Museo Arqueológico Nacional (inv. nº 16.485).

«En la misma haz de la torre, colocada de través...»:

68.- CIL I³ 2271 (= I 1477) + CIL I³, p. 1104; CIL II 3434 (= supp. 5927) + p. 952. Madrid, Museo Arqueológico Nacional (inv. nº 16.504).

«...sobre la puerta por donde se entra a dicha torre y le sirve de lintel...»:

69.- CIL II 3423 + pp. 711 y 952. Madrid, Museo Arqueológico Nacional (inv. nº 16.484).

«...cárcel eclesiástica, que está a la bajada de la iglesia mayor antigua a la ciudad, a mano izquierda hacia norte. Y a la entrada de la casa del carcelero, junto al techo...»:

71.- CIL II 3414. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 49).

«Y en el segundo piso o cuarto este fragmento»:

72.- CIL II 3515. Cartagena, en el muro contiguo a la Catedral Vieja, frente a la Cuesta de la Baronesa y junto a las excavaciones del teatro romano; a gran altura, probablemente en el mismo sitio en que lo vio Pérez Bayer.

«Bajando...hacia la ciudad, en la misma calle que llaman de la subida a la iglesia mayor; junto a la esquina de norte de la casa de D. Juan de Dios de Borja, existe este fragmento a tres palmos del suelo»:

73.- CIL II 3520. Perdida.

«Contigua a él, en la esquina, digo en la haz, de la misma casa que mira a oriente y a la calle principal, junto a la puerta o entrada de la casa...»:

74.- CIL II 3418. Destruído.

«Desde allí me condujeron a la plaza que llaman de las Carnicerías, y en la haz que mira al mar existe esta inscripción»:

75.- CIL II 3449. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 95).

«Desde allí fui a la subida al baluarte de la plaza, a espaldas de la fuente de la Plaza del Muelle...»:

76.- CIL II 3437 + p. xlvi. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 51).

«Ultimamente fui a la calle llamada Escurrial, a la casa de don José Collantes, en cuyo zaguán...inmediata al umbral...»:

77.- CIL II 3430. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 59).

Cartagena. 7 de mayo de 1782, por la mañana.

«...fui a la calle de la Aurora...y en ella, a mano izquierda como se sube al que llaman Molinete, en una casa que me dijeron ser de don Ignacio García, al lado de la puerta y como a doce palmos del suelo...»:

78.- CIL II 3475 + CIL I³ 3449 d. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. n° 94).

«Fui a la calle que llaman de los Balcones Azules, a la casa dicha del Aventurero, en donde vive el caballero gobernador de esta ciudad, en cuyo zaguán, frente a la puerta principal...»:

79.- CIL II 3413. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. n° 47).

«De allí fuimos a la calle del Adarve, a casa de doña Josefa Gilabert, en el umbral de la cual...»:

80.- CIL II 3520 a. Perdida.

«...acercándonos al convento [de san Francisco]...encontramos al pie de la torre, en la haz que mira a poniente, en el umbral de la casa que se llama de la Inmaculada Concepción...»:

81.- CIL II 3431. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. n° 69).

«Dentro del convento, en el patio adonde se entra por la puerta de los carros a mano izquierda, en uno de los escalones que se suben para entrar en otra oficina rústica, hay dos fragmentos de inscripción muy estropeados, y cada cual mira hacia su lado. Parece que deben juntarse así»:

82.- CIL II 3428 + EE 9, 334. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. n° 60).

Cartagena. 8 de mayo de 1782, por la mañana.

«...puerta que hoy llaman de Madrid; en uno de los dos arcos de la cual (es a saber, en el de la derecha según se viene a esta ciudad desde la de Murcia), existe...»:

83.- CIL II 3420; IHC 176 + p. 75. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. n° 2.912).

«...me condujeron a casa del señor D. Antonio Bergallo, cónsul de Génova, la cual está en la plazuela de la Merced, y en un descubierta de ella ví y copié...»:

84.- CIL II 3474. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. n° 47)

«Fuime desde allí a la calle llamada del Cuartel de Presidarios, y en casa de don Antonio Maestre...una piedra suelta llevada a aquel sitio desde el arrabal de Santa Lucía...»:

85.- CIL II 3444 + CIL I³ 3449 a. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. n° 99).

«...volviendo hacia mi posada en la placeta de san Sebastián, frente a la iglesia, a raíz del suelo, una piedra larga y angosta a manera de dintel...»:

86.- CIL II 3432 + EE 9, 347. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. n° 68).

«Avisáronme que en el patio de la Casa de los Santos...quedaba una ins-

cripción...; fui allá y en efecto hallé...»:

87.- CIL II 3410 + pp. xlvi y 952. Madrid, Musco Arqueológico Nacional (inv. nº 16.516).

Cartagena. 8 de mayo de 1782, por la tarde.

«...fui al arrabal de Santa Lucía, y en la casa inmediata al que llaman nuelle de Santiago...vi y copié...en un pedazo de columna de color negro junto a la gola o cordón superior»:

88.- CIL II 3416. Perdida.

«De allí me vine a la calle de los Cuatro Santos, casa de los señores don Fulgencio y don Leandro González...y en su jardín...»:

89.- CIL II 3435. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 148)

«El diario del conde de Lumiares me conducía a varias inscripciones que este caballero copió y señala sus sitios, pero se han buscado infructuosamente.

Una dice el conde que estaba en la Calle Mayor, frente del Café de Monsieur Ramón...»:

90.- Lumiares 1796, p. 102, nº XLIV. Perdida.

«Otra dice [i.e. Lumiares] que había en la cordelería del arsenal, que decía»:

91.- CIL II 3454. Perdida.

«Otra dice [i.e. Lumiares] que hubo en la Huerta de San Antón con este letreiro»:

92.- CIL II 3461 + p. 952. Madrid, Museo Arqueológico Nacional (inv. nº 16.507).

«Otra [vio Lumiares] en el enlosado o pavimento de la iglesia antigua de la Merced...»:

93.- CIL II 3492. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 121)

«En el mismo enlosado [vio Lumiares] antiguo del convento de la Merced dice el conde...»:

94.- CIL II 3459. Perdida.

«El mismo conde [i.e. Lumiares] cita otras dos inscripciones en la campiña de Cartagena, a media legua de la ciudad, en la hacienda de don José Clos...»:

95.- CIL II 3450. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 92).

96.- CIL II 3445. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 98)

«El manuscrito [i.e. de Lumiares] ...cita otras inscripciones...y especialmente una que se halló en el año 1736 entre las ruinas en el sitio que se fabricó la casa de los intendentes, la cual fue trasladada a la fuente que está junto a la Puerta de Murcia...»:

97.- CIL I² 2270 (= I 1478) + CIL I³, p. 1104; CIL II 3433 + p. 952. Perdida.

«Otra inscripción cita el manuscrito [i.e. de Lumiares] que estuvo frente de la fuente de santa Catalina, a la esquina de las religiosas de Cartagena...»:

98.- CIL II 3438. Perdida.

Cartagena. 10 de mayo de 1782, por la mañana.

«...calle de la Xara, esquina al callejón de Bracamonte, casa de don José de Baldosano, que hoy habita un carpintero llamado Brentado. En una de las aristas de la puerta, a mano derecha como entramos, y las letras casi palmares...»:

99.- CIL II 3427. Cartagena, Museo Arqueológico Municipal (inv. nº 62 y 63)

Mazarrón. 11 de mayo de 1782, por la tarde

«...don Ginés de Paredes...me condujo a la casa del Ayuntamiento de la villa, donde he visto tres estatuas...; las tres estatuas tienen sus pedestales pequeños, y en cada uno de ellos está su inscripción...»:

100.- CIL II 3527. Murcia, Museo Arqueológico Provincial.

101.- CIL II 3525. Murcia, Museo Arqueológico Provincial.

102.- CIL II 3526. Murcia, Museo Arqueológico Provincial.

«...en casa de don Pedro María Rabasquino, en la esquina y sitio que llaman El Manolico, se halla una piedra, digo una columna, que según todas sus señas es miliaria...»:

103.- CIL II 4944. Perdida.

«Otra piedra vi en la misma villa en la esquina de la casa de doña Micaela Zamora, calle que va a San Andrés, la cual seguramente tuvo inscripción y conserva de ella algunos vestigios»:

104.- Ad CIL II 4944. Perdida.

Lorca. 14 de mayo de 1782, por la mañana

«...fui a la calle de la Corredera, donde existe la inscripción...»:

105.- CIL II 4937. Lorca, en el mismo sitio, como pedestal de estatua a San Vicente Ferrer.

«Este escritor [Miguel García Gómez] interpreta esta inscripción [CIL II 4937] por otra semejante que dice hallarse en la villa de Totana...»:

106.- CIL II 4936. Perdida.

